

RAZÓN DEL ESTUDIO (*)

POR

JUAN ANTONIO WIDOW

Las preguntas ¿por qué estudiar? y ¿cómo estudiar? han sido hechas en todo tiempo. Están latentes, desde luego, en el ánimo de las personas que por oficio tendrían que tener las respuestas a flor de labios: los estudiantes. Pero la cuestión es: ¿están en verdad latentes? Y en el supuesto de que, al menos latentes, ahí estén las respuestas, ¿pueden salir, con algo de claridad, de los labios para fuera?; y, sobre todo, ¿se traducen en una aplicación práctica y fructuosa?

Ante la posibilidad de que los estudiantes permanezcan en estado de estupor frente a tales preguntas, y que las respuestas, por ello mismo, no atinen a ver la luz, ha habido, también en todo tiempo, profesores y maestros que se han ocupado de guiar y dar lumbre en esta materia fundamental a esos estudiantes alejados. Son muchas las obras que se han escrito y se han publicado acerca de la razón y el modo del estudio. Pero hay una diferencia entre aquellas que se escribieron hace algunos siglos y las que hoy, a veces, se encuentran al alcance de los alumnos universitarios. En estas últimas se enseña la técnica del estudio: cómo leer con provecho un libro de texto, cómo ordenar y sintetizar lo aprendido, cómo tomar apuntes de una lección, cómo distinguir lo esencial de lo accesorio, etc. Todo lo cual, por cierto, es útil y necesario para quien quiera aprovechar en su tarea

(*) Reproducimos, con mucho gusto, del volumen correspondiente al año 1999, del anuario de filosofía, historia y letras de la Universidad Adolfo Ibáñez, de Viña del Mar (Chile), *Intus legere*, el siguiente ensayo de nuestro ilustre colaborador Juan Antonio Widow (N. de la R.).

de aprender. Pero responden más a la segunda pregunta que a la primera: más al "cómo" que al "por qué". Este "por qué" se suele dar por sabido y entendido, lo cual significa que se le deja en la tiniebla de la indefinición.

Me voy a ocupar ahora de glosar, agregando algún comentario, dos escritos notables cuyo único objeto ha sido el de dar consejos, muy prácticos y sabios, a los estudiantes sobre esta materia. El primero de ellos es una breve carta en que Tomás de Aquino responde a un estudiante de su Orden que le ha consultado acerca del modo en que es menester estudiar para alcanzar el *thesaurum scientiae*. En las obras del aquinate esta carta aparece titulada como *Epistola exhortatoria de modo studendi ad Fratrem Ioannem*. El segundo es un opúsculo algo más extenso, cuyo autor es un maestro de la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca, escrito el año 1453: el maestro se llama Juan Alfonso de Benavente y el escrito lleva como título *Arts et doctrina studendi et docendi*.

Tomás, en su carta, da dieciséis consejos al hermano Juan. Llama la atención que diez de ellos no se refieran a la actividad específica del estudio, sino al modo de vida y a la disciplina personal que debe practicar el estudiante: éste debe guardar la pureza de la conciencia, no debe dejar de lado la oración, no debe omitir la imitación de los santos y de los hombres de bien, ha de mostrarse amable con todos, debe saber gustar de la soledad de su celda. Y los consejos respecto de lo que debe evitar, para ordenarse de acuerdo a una ascesis o disciplina cuyos efectos han de verse no sólo en el aprovechamiento del estudio sino en toda su vida personal, son también claros y escuetos: debes ser retraído en el hablar, no ser curioso respecto de los hechos ajenos, no entrometerse en las cosas mundanas, no caer en exceso de familiaridad con nadie, huir del afán de estar en todo.

¿Para qué esta disciplina que, según los criterios de nuestros tiempos, es ajena a lo que se requiere para alcanzar el éxito en los estudios? ¿Para qué tales mortificaciones, que, según estimación casi universal, no tienen ninguna relación —y si la tienen, es negativa—, con el provecho que ha de obtenerse de una carrera socialmente bien considerada? La respuesta es clara: por-

que el saber es perfección del hombre, y porque el estudio, en consecuencia, es la vía para alcanzar esa perfección. No es una perfección particular y limitada, como puede ser la habilidad para realizar alguna obra o actividad específicas: el saber, cuya forma más alta y acabada es lo que desde muy antiguo se ha llamado *sabiduría*, es perfección del hombre completo. Por ello, el estudio, o aplicación diligente para conseguir el saber, compromete también al hombre completo: no sólo al entendimiento, también a la voluntad, que es la facultad que mueve a todas las demás potencias hacia el bien último, es decir, hacia la perfección del hombre completo. Es la *humanidad* del hombre lo que aquí se halla en juego. Y los estudios que a esto se ordenan son —según han sido llamados desde muy antiguo— las *humanidades*.

No es el momento ahora para hacer un análisis de la relación entre la vida del entendimiento, del saber, y la necesidad de la práctica de las virtudes morales. Podría bastarnos, por ahora, y a modo de argumento de autoridad, tener en cuenta que cuando Tomás de Aquino aconseja al hermano Juan, tiene como algo del todo obvio, que no requiere mayor explicación, la existencia de esta relación. Lo cual debería ser suficiente para hacernos pensar que algo hay que justifica esos consejos.

Sin embargo, y como concesión al posible escéptico, podemos decir que si lo que intentamos conocer es algo superior a nosotros, más perfecto que el hombre mismo, nuestro entendimiento no se basta a sí para alcanzar lo que busca, porque no hay proporción entre él y su objeto. Necesita del amor de la voluntad, por el cual se eleva, pues por el amor nos convertimos hacia la realidad de lo amado tal como es en sí misma. La conaturalidad que el amor de la voluntad en nosotros produce con aquello que nos trasciende en su perfección, permite al entendimiento estar en ello y conocerlo. Y el amor de la voluntad, ordenado a su fin, es la virtud moral: *virtus dicitur ordo vel ordinatio amoris*, dice Tomás. En pocas palabras: quien no ama la verdad que nos trasciende, no la conoce, aunque pueda tener alguna noticia de ella. Y amar esa verdad es ordenar la vida toda del hombre, mediante las virtudes morales, hacia ese fin. Ésta es la razón por la cual el estudio de las cosas superiores, si no com-

prende el afecto de la voluntad ni la disciplina que ordena la vida toda según el amor de la verdad, es estéril.

El maestro Benavente también se detiene, como Tomás, en la consideración de las distintas exigencias de esta necesaria disciplina. "Nada —escribe— es tan mortífero para el ingenio como la lujuria", la cual han de evitar los estudiantes sobre todas las cosas, *super omnia*. Deben precaverse también las iras y las turbaciones del ánimo, con el fin de que tengan libre el juicio que ha de discernir bien. También, por razones semejantes, debe evitarse la tristeza: *alacris debet esse studens et non tristis*. El varón así templado ha de buscar, en el estudio, las verdades de mayor substancia y más serias, pues lo meramente entretenido, la *amenitas nimia*, afemina el ánimo. Al decir lo cual el maestro salmantino no pretende excluir, por principio, a la mujer de los afanes propios de la sabiduría: sólo está indicando que así como hay, en la vida del alma, virtudes que por su índole se identifican más entrañablemente con el espíritu femenino, aunque existan en un varón —como la abnegación, por ejemplo—, del mismo modo las hay que son de carácter viril, como, por ejemplo, la magnanimidad. Así lo entendió, y lo mostró en esa alma suya tan profundamente femenina, aunque con arrostos de caballero andante, Teresa la grande, la de Ávila.

Ahora bien, no todo lo que un estudiante debe evitar es lo que se opone a las virtudes fundamentales de la vida moral. También está aquello que se hace vicio contrario al provecho del mismo estudio, como, por ejemplo, la *somnolencia*. Hay estudiantes para quienes las explicaciones de un profesor tienen el efecto de una canción de cuna. Benavente aconseja que, para evitar el oprobio de dormirse en clase, se duerma bien y a su tiempo: un mínimo de seis horas por la noche, levantándose *ante diem*, antes de la salida del sol —lo que, según Aristóteles, procura la salud del cuerpo y la agudeza del entendimiento—, y una hora en el día. Si al estudiar por su cuenta se siente invadido por la somnolencia, que se mantenga de pie ante el libro, en postura recta, y, para estimularse, dé palmadas de vez en cuando sobre las páginas. Para impedir, en tiempo de estudio, las *vagae cogitationes*, las fantasías con vuelo autónomo que llevan a la mente

a otros mundos, Benavente recomienda que el estudiante se persigne y luego se dé con la regla o con otro instrumento. También advierte que, para que no haya ocasiones de distracción, y para evitar el tedio, se tenga para el estudio un lugar cómodo y apacible, separado del tumulto popular, de la vecindad de meretrices, de alcabuetes y de pleitos callejeros.

La primera de las recomendaciones que Tomás de Aquino hace al hermano Juan, es que, al encarar y ordenar el estudio, *ut per rivulos, non statim in mare, eligas introire, quia per facillora ad difficiliora oportet devenire* (elige entrar como por los riachuelos, no al mar de inmediato, pues hay que ir por lo más fácil a lo más difícil). Lo más fácil es también lo más elemental, aquello cuya ignorancia impide acceder a lo más complejo: es el orden natural para un curriculum de los estudios. Benavente es más explícito para señalar qué es lo primero y qué lo posterior: debe el novicio, antes que nada, aprender a leer bien, pues esto es, para la disciplina del entendimiento, como el bautismo para los restantes sacramentos: su única puerta de entrada. Se trata de leer bien en voz alta, condición para que se dé el hábito de la buena lectura, de la lectura inteligente, para sí mismo. “¿Qué provecho —escribe Benavente— puede lograr en cualquier ciencia aquel que lee a tropezones y titubeando y tan miserablemente que en los demás sólo provoca lamentaciones?”. Éste debe dedicar tanto tiempo a aprender a leer bien, cuanto dedica al estudio de las lecciones el que es ya buen lector. Junto con el hábito de la buena lectura, en estos primeros pasos el estudiante debe aprender los términos y el vocabulario de la ciencia a la cual se introduce. En segundo lugar, debe escribir bien, con buena caligrafía y ortografía, *polite et orthographe scribere*. Tercero, debe instruirse suficientemente en la gramática, “la cual es el origen y principal fundamento de todas las otras ciencias”, según escribe el maestro de Salamanca. Cuarto, el estudiante ha de estar instruido en la lógica o dialéctica. Y, por último, ha de estar formado en el arte oratoria y en la facultad retórica, con el fin de que su decir sea justo y pueda expresarse bien. Todo esto corresponde, como se puede observar, a los preámbulos necesarios para acceder a cualquier ciencia.

Sigue aconsejando Tomás al hermano Juan: "no mires a quién escuchas, sino que, lo que diga de bueno, recomiéndalo a la memoria" (*non respicias a quo audias, sed quidquid boni dicatur, memoriae recommenda*). La autoridad es esencial en el aprendizaje: es necesario escuchar al que sabe más que uno. Pero la autoridad no es razón última para el asentimiento y la certeza. Por ello, al escuchar el estudiante debe aplicarse a entender, para quedarse no con lo escuchado por haberlo dicho el profesor, sino por haberlo entendido como verdadero. Y esto debe recomendarlo a la memoria, facultad esencial, pues sin ella el entendimiento es como humo que al poco se disipa sin dejar rastro. La memoria —dice el maestro Benavente— es el depósito de toda ciencia, *thesaurus est omnium scientiarum*, y "poco aprovecha leer y estudiar mucho si no se conserva en el tesoro de la memoria".

Por cierto, la memoria, como las otras facultades, se desarrolla en la medida en que se la cultiva. El maestro salmantino dice que no hay nada que clarifique más al entendimiento y que afirme la memoria, que el poner en práctica, junto a otros que más sepan, aquello que se ha estudiado y oído. Pero Benavente no se limita sólo a recomendar esta puesta en práctica de la memoria: teniendo en cuenta que la buena disposición corporal es condición indispensable para tenerla apta, también da recetas para evitar lo que es nocivo para ella, como al andar "con la cabeza descubierta en tiempo frío", o "comer con mucha frecuencia carnero no castrado, o médulas de cualquier animal, salvo la de gallina o de perdiz"; y entre lo que se puede hacer para favorecer la capacidad de la memoria, señala la conveniencia de "lavar a menudo los pies en agua tibia, cocida con toronjil, manzanilla y hojas de laurel".

"Haz de tal modo que entiendas lo que leas o lo que oigas", aconseja Tomás al novicio. No quedarse a medio camino en el proceso del aprender. A veces puede ser suficiente para aprobar un examen o para quedar bien ante otros el saber repetir lo que se ha leído o escuchado. La tentación, frecuentísima, de quedarse allí, es propia de la pereza del espíritu. Pero el fin del estudio es entender: es su justificación. Quien no busca, como primera y

fundamental intención, este entender, se mueve en lo falso. Tomar apuntes y luego repetir lo que allí está; el estar algo o el no estar allí anotado: éste suele ser el criterio último de verdad. No es más que el eterno vicio del estudiante, la peste que carcome su inteligencia. A este pecado, la pereza del entendimiento, es al que se anticipa Tomás con su consejo: el fin del estudio es entender lo que se lee y se escucha, no saber repetirlo.

De dubiis te certifica. "Acerca de los dudoso, procura la certeza". No se trata, en la ciencia, de tener opiniones, sino certezas. La certeza es el modo cómo el entendimiento participa de la verdad. La certeza es la presencia en él de lo verdadero: presencia bien perfilada, nítida. Nada, en el orden del conocimiento, puede reemplazarla. No consiste en el convencimiento o la convicción: esto puede ser de algo falso. La certeza, en su sentido propio, es lo que el entendimiento alcanza como término o consumación natural de su proceso hacia el conocimiento de la verdad. La certeza no supone el intento de imponer a otros la verdad conocida, ni el de constituirse, como se dice hoy, en "dueño de la verdad", ni el de ser infalible. Son cosas, éstas, que se dicen no como efecto del amor de la verdad, sino de la ausencia de este amor. Y es el amor de la verdad, el afecto de la voluntad puesta con toda su fuerza a alcanzar el fin del entendimiento y, por lo mismo, del hombre, lo único que puede dar sentido y justificación al estudio. No es que la duda carezca de justificación: es un momento necesario en el proceso del estudio, pero un momento de tránsito; y para apurar este tránsito, hay que hacerla explícita, precisando sus términos mediante la formulación de la pregunta. Aunque la duda quede sin respuesta, el entendimiento no puede detenerse en ella, pues esto le es contranatural. Muchas preguntas quedan en esta vida sin respuestas definitivas, pero esto no significa que la interrogación sea el fin de la inteligencia humana, sino sólo que ésta es limitada.

Quien se aplica bien al estudio conoce por lo mismo su propia medida, sus límites y también sus reales capacidades: no hay en él riesgo de presunciones o pretensiones vanas. Estar en lo suyo, y bien, es la pauta para la verdadera modestia: por esto, y como advertencia para que el estudiante permanezca en lo suyo,

Tomás complementa su consejo de no permanecer en lo dudoso, sino buscar siempre, en ello, la certeza, con la recomendación al hermano Juan de que no busque lo que supera sus capacidades, *altiora te ne quaesieris*.

También, por lo mismo, Juan Alfonso de Benavente señala que "aquellos que no son aptos para la ciencia no deben perder la vida y su tiempo tratando acerca de ella". Y esto, no sólo porque, al dedicarse a aquello para lo cual no tienen capacidad, van a ver frustrada su real vocación, sino porque para los demás que se dedican al estudio nada hay más insoportable que aquel que se hincha con la ciencia sin saberla. "Cada estudiante —escribe el salmantino— debe ver para qué ciencia es más apto, y a ella debe dedicarse, omitiendo las otras". Y añade, al considerar los impedimentos para el estudio, que aun los que son aptos para una ciencia pueden frustrar del todo su vocación si "se fingen letrados y antes de tiempo quieren verse sabios".

Hacia el final de su breve carta, Santo Tomás de Aquino hace al estudiante de su Orden la siguiente recomendación: "cuida mucho de guardar cuanto puedas en el armario de tu mente, como quien desca llenar un vaso". Es la aplicación constante al saber, la diligencia puesta en el estudio y en el cumplimiento de sus exigencias, la puesta en práctica, sin flaquezas consentidas, del método que lleva al fin, "llenar el vaso". Ese "guardar en el armario de la mente" —*in armariolo mentis reponere*— significa conservar en la memoria y ordenar todos los conocimientos en razón del fin del saber, de aquello que da unidad a todo lo sabido. El *armariolum* al que se refiere Tomás es ese mueble que en todas las casas está para poner en él ordenadas las cosas de uso cotidiano. La función que cumple es la de dar su lugar a cada cosa, es el orden, esencial para manejarse bien con lo que allí se guarda. La analogía, pues, está clara: la multitud de conocimientos se ordenan en razón del fin del mismo entender, la verdad. La función del *armariolum mentis* es ésta, la perfección del entendimiento y del hombre completo por la participación de la verdad. Sin esta intención primera, los muchos saberes se dispersan, transformándose en ese conglomerado de informaciones que pueden constituir erudición, pero no sabiduría.

Hay un orden de los saberes en razón de sus objetos: de este modo el primero, por ser el que conoce a los demás en sus principios, y por ser el que es reflexivo en mayor grado, es la filosofía, y entre las disciplinas filosóficas, la metafísica. Por esto, dice Tomás que, en el orden de adquisición de los saberes, en el del estudio, esta disciplina debe ser la última que se enseñe, pues en cierto modo supone las otras —sobre ellas reflexiona— y requiere en el estudiante un grado de madurez intelectual, de experiencia en el saber, que las otras no exigen. Pero, dejando aparte esta consideración, hay que ver también que hay un orden necesario en el proceso mismo de la adquisición del saber, cualquiera que éste sea, suponiendo que lo que se busca, según se ha dicho antes, sea el saber propiamente tal, y no una capacidad repetitiva o un barniz de buena información. En otras palabras, hay un modo de poner las cosas en ese *armariolum* que debe ser estrictamente observado, con el fin de que allí queden bien posadas en el lugar que les corresponde: se trata del método a seguir por el estudiante cuando lo que intenta es entender bien un tema. Este proceso comprende cuatro pasos, que Benavente los describe así: “son cuatro los actos principales del estudiante en su estudio; primero, leer por sí mismo aquello que quiere saber; segundo, oír de otro más sabio lo que se entienda de aquello que antes ha leído por sí; tercero, releer y repasar lo antes leído y oído, para confirmar en su ánimo lo entendido; cuarto, lo leído, oído y releído estudiarlo (*studere*), esto es, masticarlo y digerirlo para sí en su ánimo, y lo así masticado y re-examinado colocarlo en la mente”. *In armariolo mentis*, decía Tomás. Lo que el estudiante debe grabar a fuego en su espíritu es que no puede agregarse al tesoro de la mente nada que no sea verdaderamente sabido, y lo sabido, como lo revela la etimología de la palabra, no es lo conocido sólo a modo de información, sino lo saboreado en el alma, es decir, lo conquistado como verdad amada.

No me queda, para terminar, más que hacer la observación de que los autores comentados, Tomás de Aquino y Juan Alfonso de Benavente, destinan sus consejos a un estudiante de teología, el primero, y a los estudiantes de derecho el segundo. Las coinci-

dencias entre los consejos de ambos muestran que hay algo común y básico en todos los saberes fundamentales, y es que comprometen al hombre completo, es decir, suponen las *humanidades* sin las cuales ninguno de esos saberes puede alcanzar su finalidad propia. En Occidente estos saberes han fundado su propia institución, la Universidad, la cual, por ello mismo —la institución, no la imputación del nombre— no puede tener real existencia a menos que en ella se cultive, se practique y se ame el *estudio* de acuerdo a los consejos de esos dos sabios.